

**Desviación
y
delito
en
España**

«Esquema del delito en España» (1) es la obra de un joven sociólogo, José A. Garmendía, autor anteriormente de un libro muy comentado sobre los emigrantes obreros españoles en Alemania. Su punto de vista es el de una relación permanente entre el delito y la sociedad, sobre una noción de movilidad. Es decir, si en otros momentos y por otros autores abiertos —no condenatorios— se ha considerado al delincuente como una «víctima» de la sociedad a la que no consigue adaptarse o que por alguna razón le rechaza, era en tanto que esa sociedad se consideraba como elaborada sobre valores permanentes y definitivos. El punto de partida de Garmendía es el de que la sociedad cambia continuamente en España (transformaciones demográficas, económicas, tecnológicas, etc.) y, por lo tanto, el delito no puede estar considerado en función de unos cánones fijos. «El buen obrar de antes puede considerarse a hora como malo». Y viceversa. Si en lo laboral y lo político esto es muy visible, en lo delictivo la cuestión es menos visible, pero no menos real. Su consideración del crimen no es la de que éste produzca una degeneración social, sino que es consecuencia de esa degeneración, que le es anterior. El primer capítulo del libro, «Comportamiento desviado y anomía», es básico para la exposición de las doctrinas del autor: la desviación —dice— «lleva su parte de justicia» y puede ser «la invitación

al cambio de la moral oficial». El segundo capítulo está dedicado al comportamiento desviado en los fenómenos de cambio de población, emigración exterior, emigración interior, y a la dicotomía «campesinidad». Estudia en el tercero el supuesto «fatalismo». Suicidio, adicción a drogas y alcohol. Es especialmente importante el capítulo dedicado a la llamada «delincuencia juvenil», como sector social especialmente sensible a las desviaciones producidas por los comportamientos cambiantes de la sociedad. Se considera por grandes grupos senatoriales que la juventud está descarriada o desviada de lo que ellos consideran «bueno»: «Puede ocurrir, entre otras cosas, que la juventud considere desviada precisamente esa presunta bondad». Utilizar a los jóvenes y adolescentes como chivo expiatorio de la situación es, por otra parte, una tentación para medios más bien tradicionales. La desviación de las clases es el tema del último capítulo del libro, libro que se cierra con unas conclusiones y con estas últimas líneas: «De lo expuesto se deduce que la preocupación primordial debe ser no tanto la de perseguir la desviación como la de encauzarla. Es preciso aprovecharse de la desviación, a costa incluso de una reforma de las instituciones, que siempre esconden proporciones de injusticia. Nuestra sociedad no parece constituir una excepción en el aumento progresivo de la delincuencia. Seguramente, la situación habrá de agudizarse. Interesa primordialmente responder al desafío con el cambio». El libro ofrece muchos puntos de vista que pueden considerarse como nuevos en España y, por lo tanto, capaces de ser sometidos a debate y discusión. Las bases de datos, estadísticas y citas son bastante completas. ■ P. B.

**Un
humanista
en el país
de la
«contracul-
tura»**

A raíz del estallido en el eje Berkeley-San Francisco de esa heterogénea revolución cultural impropriadamente conocida como «contracultura», California comenzó a ejercer una particular fascinación sobre intelectuales y artistas europeos, para quienes aquel estado al borde del Pacífico se convirtió en algo así como un «paraíso reconquistado». Nada más lógico que los sociólogos se interesaran de un modo especial por aquel extraordinario bullir de heteróclitas culturas anticonsumistas, por aquella puesta en tela de juicio de toda una serie de cosas que el americano medio daba por sueltas, por aquella febril experimentación de nuevas formas de vida como necesarias alternativas al sacrosanto «American way of life». Uno de esos sociólogos, el francés Edgar Morin, pasó varios meses del 69 y el 70 ocupado en preparar un trabajo en torno a la posible evolución de la sociología y otras disciplinas a la luz de los últimos y revolucionarios descubrimientos biológicos. Producto, entre otros, de aquella estancia en tie-

rras americanas es este *Diario de California*, que ha publicado en España la editorial Fundamentos (1).

Cuando Morin llega a California, invitado por el instituto Salk de estudios biológicos de San Diego, el movimiento «contracultural» ha alcanzado su apogeo y está iniciando ya su reflujó, proceso éste que iba a acentuarse a partir del regreso de Morin a Europa. En efecto, gran parte de las comunas que se fundaron en California durante los años sesenta, y algunas de las cuales Morin tuvo ocasión de estudiar, han acabado disolviéndose por culpa sobre todo de las tensiones surgidas entre sus miembros, que no fueron capaces de superar celos, envidias y rivalidades, pero también por la falta de conexión entre unas comunas y otras: no llegó nunca a establecerse esa comunidad de comunas con que sueña Morin en algún lugar de su *Diario*. Tampoco puede decirse que hayan conocido mejor suerte otros movimientos contestatarios y más o menos pintorescos, como el Youth International Party, que fundaron Jerry Rubin y Abbie Hoffman, y que, tras el éxito que supuso el Festival de Woodstock, sufrió un grave revés con motivo de los trágicos sucesos de Altamont, cuando un jo-

ven negro fue muerto salvajemente por un grupo de Angeles del Infierno, sin que ninguno de los pacíficos «hippies» que asistían al concierto de los Rolling Stones se atreviera a mover por él un solo dedo. El idealismo de aquellos jóvenes se estrelló contra el duro escudo de la realidad.

Tampoco tuvo mejor suerte el movimiento más directamente político de cuantos formaron la New Left, el SDS (Students for a Democratic Society), que sufrió un golpe mortal por culpa de una escisión de la que surgió el grupo de los «weathermen»: éstos optaron por la lucha armada, por las guerrillas urbanas, creyendo poder movilizar a los jóvenes estudiantes y obreros del país, pero se equivocaron. Una de sus acciones más espectaculares consistió en la liberación del profeta de la droga Timothy Leary, que estaba en la cárcel cumpliendo una larga condena.

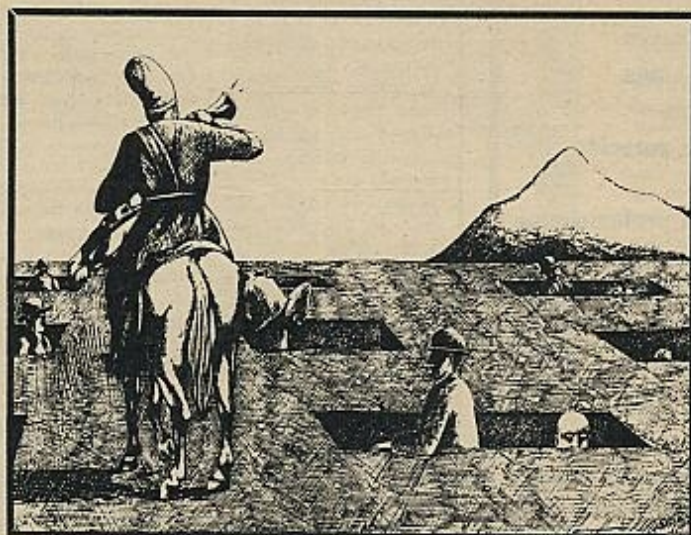
Edgar Morin refleja muy bien en su *Diario* el carácter desordenado y marcadamente utópico de esa que él llama revolución cultural: esa singular amalgama de filosofías y religiones de distintas épocas y civilizaciones en la que el marxismo-leninismo, el anarquismo individual o comunitario, el budismo, el cristianismo, lejos de excluirse entre sí se complementa tan mutuamente. Morin pa-

rece dispuesto a perdonar toda esa confusión ideológica, esa falta de teorización en favor siempre de la praxis. Para él lo importante es que allí algo se mueve, que allí se busca, se experimenta, se siente una ingente necesidad de saltar barreras, de desarrollar potencialidades largo tiempo reprimidas, de acabar de una vez con un concepto tan falaz como es el de «sentido común». Más le preocupa, sin embargo, la tendencia a la «estalinización» de ciertos grupos radicales. No puede soportar, por ejemplo, la vista de Angela Davis saludando con el puño cerrado. Para él, que alguien reclame libertades bajo la bandera del partido comunista suena un poco a hipocresía. Cualquier referencia al PC parece traerle «ipso facto» a la memoria los tanques soviéticos en las calles de Praga. Para el sociólogo francés, los Estados Unidos, el país donde el desarrollo tecnológico ha alcanzado su más alto nivel, es el lugar donde puede darse mañana la auténtica revolución. Esto no deja de ser una corazonada, un voto piadoso todo lo más: no se ve muy bien por qué el despilfarro capitalista habría de tener más fácil remedio que, por ejemplo, la burocratización de los actuales regímenes socialistas.

Varias veces a lo largo de este *Diario* hace Morin hincapié, y aquí si le seguimos sin titubeos, en la necesidad de superar el pensamiento alternativo —expulsión de la contradicción— mediante un pensamiento auténticamente dialéctico, que es el único que puede contribuir al progreso «cualitativo» de la humanidad, el que realmente importa.

El interés de este *Diario* estriba, más que en las respuestas que pueda ofrecerle al lector (muy pocas), en las preguntas que continuamente suscita su lectura. Y es que tan interesantes como puedan ser las observaciones de Morin sobre los movimientos contestatarios

(1) José A. Garmendía, «Esquema del delito en España». Plaza & Janés, Sociedad Anónima. Colección «Testigos de España». Barcelona, 1973.





II CURSILLO TETRACERO

Ha terminado el II cursillo de TETRACERO de cálculo de estructuras de Hormigón Armado, que tuvo lugar en Madrid del 4 al 16 de marzo. Asistieron a este II cursillo 24 aparejadores y arquitectos técnicos procedentes de diversas provincias españolas, los cuales tuvieron ocasión de manifestar su satisfacción por la formación recibida en este cursillo de reciclaje. Merece destacarse el esfuerzo que, a través de las intensas sesiones desarrolladas durante las dos semanas de duración del cursillo, han realizado estos profesionales para actualizar su formación, incorporando los últimos y mejores procedimientos de cálculo. Se ha ocupado de la realización de este cursillo el Instituto Técnico de Materiales y Construcciones (INTEMAC).

en USA son las preguntas que el autor se formula a sí mismo en relación con el tema que motivó su viaje a California: es decir, como ya dijimos al principio, el estudio de los efectos de la revolución biológica sobre otras disciplinas, como la sociología, la antropología, la psicología. A estos efectos, Morin cita oportunamente y con frecuencia el extraordinario «best-seller» científico de Monod. El Azar y la Necesidad, que es para él como un libro de cabecera. Morin se nos muestra convencido —y nos convence— de la creciente necesidad de un trabajo interdisciplinar que permita superar la «visión estrecha» que se deriva de la especialización.

Diario de California acaba con una confesión: en esas tierras americanas, a los cuarenta y ocho años de su vida, el autor encuentra la felicidad. El hecho se produce gracias al concurso de toda una serie de circunstancias: un instituto norteamericano le ha brindado la oportunidad de alternar el trabajo, un trabajo llevado a cabo «con toda libertad, con tranquilidad, en el silencio», con el descanso, un sueño le ha permitido superar un viejo trauma de origen claramente edípico y reconciliarse al fin con su padre; ambas cosas le han permitido a su vez realizarse en el terreno efectivo: su felicidad es, pues, completa. No podemos menos de congratularnos con él. El problema, sin embargo —y la posible moraleja de todo ello—, es que ese «happy end» no deja de ser una solución individual: Edgar Morin, prestigioso sociólogo francés, miembro, por razón misma de sus estudios, de una clase privilegiada, al que una fundación americana concede una beca para trabajar a gusto en algo que realmente le interesa, con lo que se siente totalmente identificado. Y una solución individual, hoy, es una solución imperfecta. ■

JOAQUIN RABAGO.

ARTE

En el paseo de la Castellana, en la tercera o cuarta bocacalle del lado de allá —del lado contrario al "ABC", para entendernos—, está situada la galería Giotto —que es un nombre que parece comprometer—, justamente donde antes estaba la galería Karra. En el flujo y reflujo de galerías en Madrid, estas cosas son habituales. Creo que la lleva una hija del pintor Serny. El título de su primera exposición es "Tres pintores murcianos". Hace quince o veinte años estaba de moda ser de Murcia o de la Mancha. Algo de esa moda debe quedar todavía.

Tres pintores murcianos

Son ellos Pedro Flores, Ballester y Sofía Morales. El primero, Pedro Flores, no voy a descubrirse a nadie. Es un español de París peculiar y característico, con una pintura plena de «bizarrerías», pero de excelente calidad. Su obra siempre estaba inundada del cromatismo popular de lo que, sin duda, la inspiraba. Casi toda la obra de Pedro Flores tenía siempre un sello como de figurinista o de coreógrafo dedicado a temas españoles de ballet ruso.

El segundo, Ballester, tiene la fertilidad «de regadío» de su tierra huertana. Acaso le sobra una cierta facundia pictórica hiperbarroca que se manifiesta en exceso de cromatismo, con apariencia, a veces, de apresurado. No es que olvide las lineaciones fronterizas de los objetos que narra, pero tiene prisa, y, además, se deja desbordar por el ve-

getalismo de su entorno. Su cromatismo es vegetal, de regadío. Su pintura parece acusar un cierto exceso productivo —de regadío—, pero aunque con frecuencia los árboles tapan su bosque, no cabe duda de que conserva, como un secreto preciado, un último reducto de su arquitectura pictórica, que es evidente no está dispuesto a enajenarla nunca. No cabe duda de que

es un pintor. Algunas veces es excesivo: cuando regularice y normalice su regadío, será, indudablemente, mejor. No cabe duda de que la pintura es también una cosa de normativa y de medida. ¿Es eso a lo que llamó Leonardo «una cosa mental»?

Dejo deliberadamente para el final a Sofía Morales. No pretendo decir tajantemente que sea la mejor: digo que es, en

Sofía Morales.



Ballester.



Pedro Flores.

